

ACTRIZ POR AZAR

ELKE SOMMER

EN MADRID-LAS VEGAS

MIENTRAS el hombre «alto y fornido» mira al tendido con cara de juicio final, gira sobre sus talones y cae al suelo resbalando por la máquina tragaperras con estudiada parsimonia; una señora de gris se retira hacia atrás, asustada, como ante un terrible ratón. Al otro lado, una chica morena se lleva la mano izquierda a la boca y grita desagradablemente sorprendida, como si la plancha le quemase el vestido nuevo. Al hombre «alto y fornido» —cincuenta años, pelo gris, traje marrón, corbata verde— le han clavado una navaja en el vientre. El agresor es también «alto y fornido»

y tiene quince años menos. El público del casino de Las Vegas, lugar del crimen, grita y corre hacia el muerto, caído ya en el suelo. El criminal, que clavó la navaja con la tecnocrática maestría de un consumado matarife, ha huido entre las máquinas. La Policía va a intervenir...

—¡Vale, muy bien, corten!

Ha gritado Antonio Isasi y a su voz el muerto se alza como un Lázaro de chaqueta y corbata, preguntándole qué tal ha salido la cosa. El muerto, que como los del Tenorio «goza de buena salud», es el actor Beny Deus. El criminal, Maurizio Arena, un profesional honorable del

cine italiano, que bebe té con sacarina para mantener la línea.

En esta tarde de agosto hay más tranquilidad que otros días en el enorme salón de los Estudios Moro, donde se rueda «Las Vegas 500 millones», la historia de un atraco audaz preparado por un joven gangster americano (naturalmente oriundo de Italia), interpretado por Gary Lockwood, el teniente de la TV. Sobre las mesas, alumbradas por una lámpara de tulipa amarilla, dormitan los extras su tedio canicular, esperando turno. Alguna chica, de ajustado leotardo negro, brillante corpiño de lentejuelas que motea la cara de lunares blancos al reflejar

Un momento del rodaje de «Las Vegas 500 millones». Elke anda por el casino «Seven Eleven», seguida por la cámara de Juan Gelpi; detrás con pantalón claro, Antonio Isasi. La película cuenta la historia de un audaz atraco a una furgoneta.



UN'ASES

la luz, investiga su porvenir sentimental en el horóscopo de un fotoromance. Los policemen del casino «Seven Eleven», revolver al cinto y chapa de «deputy» al brazo, fuman sentados junto a la puerta donde se anuncian las atracciones (Sherry, explosive, dinamic. Monique, fascinating, misterius. Setlla Starr, exotic, dancer from Egypt), un mecánico se merienda un bocadillo de chorizo con gastronómica y ejemplar dedicación, y otro se remoja la garganta con el ibérico botijo...

Recostada con dejadez sobre un playero sillón de tijeras, Elke Sommer —Ann, en «Las Vegas»— evoca, a la hora de la siesta, algunos recuerdos de su infancia:



SINATO^{II} POR QUINIENTOS MILLONES

—Sí, mi padre era pastor protestante en Berlín. Por 1942, cuando yo tenía año y medio, recuerdo que un día empezaron a sonar las sirenas y mi madre, muy excitada, me decía que teníamos que ir corriendo a los sótanos de la iglesia, que estaba a los veinte metros al otro lado de la calle, y yo le decía que no hacía falta correr, mientras iban cayendo las paredes de las casas. Cuando tenía cuatro años nos evacuaron a un pueblito cerca de Nuremberg. En Nuremberg quemaba todo y el cielo estaba rojo y no teníamos nada para comer. Recuerdo que a los cinco años, una Navidad, todo lo que me dieron fue una manzana arrugada... No, no recuerdo nada del tribunal

de Nuremberg. Entonces era pequeña y aquello no me interesaba... ¿Ahora? Ahora sí, ahora sí me interesa mucho la política y todo. A mí me interesa todo. Cuando tenía veinte años vi en la televisión una película sobre los nazis. Hasta entonces no sabía nada de aquello. Ahora sí me interesa la política.

—¿Por quién votó en las últimas elecciones alemanas?

—Nunca he votado, porque no se puede hasta los veintiún años, y luego de esa edad estuve siempre fuera.

—¿Y por quién lo habría hecho si hubiese estado allí?

—No sé por quién, porque como siempre estoy en países diferentes, todo lo de la política me resulta ex-

traño y muy estúpido que la gente se pelee con la gente. Yo miro a la gente por lo que es cada una. Es absurdo que unos odien a otros porque sean de otra raza o de otro idioma... ¿Que si firmaría protestando por los bombardeos de Vietnam, como han hecho Marlon Brando, Pete Seeger y Betsy Blair? No, no firmaría, porque no sé nada de eso. Yo sé cómo ser actriz, cómo dibujar o cómo conducir un coche, pero de esto no sé... Si, claro que iría a actuar a Vietnam, pero no porque los soldados sean americanos, sino porque son gente que lo pasa mal y yo podría divertirlos un poco.

Habla Elke Sommer un castellano entreverado de frases inglesas, ita-

lianas y alguna expresión alemana, confundiendo el ser y estar y terminando en o muchas palabras, como en una especie de esperanto particular.

—Fui a Londres para aprender inglés y allí estuve en una casa trabajando. Luego estaba en Italia y allí me entendía un poco porque había estudiado latín. Y un día nos invitaron a bailar a todas las chicas y a cada una nos pusieron un número, yo tenía el catorce, y a la media hora me subieron a un escenario y me regalaron medias y perfumes. Y al día siguiente estaba mi fotografía en los periódicos, y yo era «Miss Viareggio». Entonces vino un señor y dijo que era **SIGUE**



Elke Sommer, una mujer que no vive como quiere y que, según ella, «no sabe decir las cosas que debería decir una actriz». Llegó al cine por azar, durante un viaje a Italia: «Todo fue muy divertido y además un gran negocio». Ahora, Elke es Ann, una chica de Las Vegas que tiene relaciones con Tony, un atracador de coches de origen italiano.

director de cine y me propuso ir a Roma para hacer algunas pruebas, pues yo era el tipo exacto que necesitaba para su película. Y como nos pagaban el viaje, fuimos mi madre y yo, porque era una buena ocasión para conocer Roma, a donde acaso nunca podríamos ir. Y allí me hicieron andar y moverme, y luego, un día, me llamaron y me ofrecieron dos mil dólares por hacer una película, y como no había visto en mi vida dos mil dólares juntos, dejé todo por el cine, aunque tenía que volver a la universidad. Todo fue muy divertido y, ade-

más, un gran negocio, porque Vittorio de Sica, que estaba en el plató de al lado, me vio y me dijo que quería hacer una película conmigo, y así estuve otro trimestre por otros cuatro mil dólares. De Sica me dijo que no estudiara, que yo tenía talento natural. Y trabajé con él en «Hombres y caballeros». Y luego ya estuve viajando y haciendo películas.

Sube a cambiarse al camerino, donde hay dos grandes calderos cobrizos «very typical», dos diminutos perros juguetones y varios libros alemanes sobre la mesa.

—Son de mi madre. Sí. Yo también leo mucho, me gusta leer todo... Lo último ha sido «The arrangement», de Elia Kazan. Un libro fantástico, muy depresivo. Entran ganas de pegarse un tiro después de leerlo.

La señora Sommer decidió aguantarse las ganas y seguir viviendo y trabajando.

—¿Elige las películas?

—Al principio, no. Yo pensaba que lo mejor era trabajar mucho, porque en todo se aprende. Ahora, cuido más y lo que hago es porque me

gusta el guión o el director. Me gustan mucho las comedias. Los directores que más me gustan creo que son George Marshall y Blake Edwards. No me interesa Antonioni, no. «Blow Up» sí me gusta, pero las anteriores, no. «La noche» es aburrida. Me gustaría trabajar con alguno de estos ingleses que son help... Eso, con Richard Lester. Y con otro que es bajito, ¿cómo se llama? No me acuerdo...

No recuerda hoy Elke con qué director le gustaría trabajar. Tampoco recuerda demasiado **SIGUE**

ELKE SOMMER



La acción de «Las Vegas 500 millones» se desarrolla en dos casinos imaginarios —«Seven Eleven» y «Devils In»— donde hay un asesinato. Maurizio Arena, arriba con Elke Sommer, matará de un navajazo a Beny Deus. Arena cree que el cine debe ser como el esperanto: universal. «El mejor director italiano es Germi, que pone cabeza, corazón y problemas. Fellini está falto de humanidad».





Arriba, el ballet del casino. Abajo, Elke Sommer recibe instrucciones del director Isasi; detrás, Maurizio Arena. A Elke le preocupa mucho la política, pero no sabe por quién votaría en las elecciones de su país. Admira a Richard Burton y Liz Taylor, y le gustaría trabajar con los jóvenes directores ingleses en alguna comedia loca.

su anterior experiencia cinematográfica española. De la gente sí que se acuerda.

—Pero sólo como compañeros de trabajo y en la calle. Me recuerdo que estaba muy agradable. Los españoles son muy gentlemen, ¿cómo se dice?

—Caballeros...

Maurizio Arena, que está junto a nosotros, corrige:

—Hidalgos, hidalgos.

—¿Y las mujeres?

—Todavía en España la educación es distinta. Las chicas están ahora empezando a ser... no quiero decir libres, sino de otra forma. Y no tienen envidia, sino que son sinceras. ¡En Alemania, no! Allí tienen más celos. Son de otra forma, ¿cómo se puede decir? ¡Como más gatas!

De su vida americana, Elke admira a Richard Burton, como actor y como hombre, y a Liz Taylor, su mujer.

—Me gusta como actriz y como mujer, porque tiene coraje a vivir como quiere.

—¿No vive Elke Sommer como quiere?

—No... Se oponen muchas cosas y es muy complicado todo. Pero estoy contenta de mi vida familiar, y he encontrado un hombre que es bueno e inteligente.

Está casada con Joe Hyams, un periodista.

—Mi marido es el mejor periodista de América. Cobra un dólar por palabra, y escribe para «Life», «Look» y muchos sitios.

—Cuando escribe «Yo te quiero» son tres dólares de amor —dice Maurizio Arena, que tiene una tarde dicharachera.

Tuvo Elke un amor alemán, sin dólares, en sus años adolescentes. Luego rompió con él.

—No pasó nada. Nos queríamos mucho y le respeto mucho, pero no sé contar a otra persona lo que ha pasado entre otras dos.

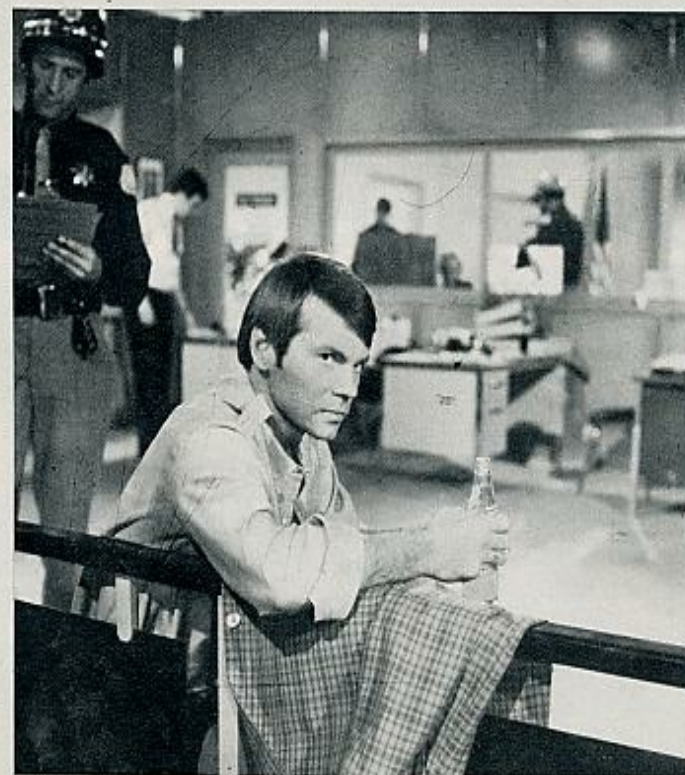
—Es demasiado buena y no dice las cosas que tenía que decir, apunta Arena.

—Yo debería decir las cosas que dice una actriz, pero no sé hacerlo —añade Elke Sommer, exactamente después de decir «las cosas que dice una actriz».

Las cosas que dice un actor son diferentes. Maurizio Arena habla del cine.

—Las obras deben ser como el esperanto, que sirvan para todos lados, sin sexo ni política. Para mí el problema fundamental es el trabajo del hombre... Yo quisiera ser director —ya he dirigido dos películas y ahora haré un western, para sacar dinero—, porque ser actor hasta los cincuenta años es ser un tonto presumido. En las mujeres es distinto. Uno está trabajando once meses para poder descansar uno, como todo el mundo.

Tiene como un escéptico aire de vuelta este Maurizio mediterráneo, cuando habla de los directores.



Jack Palace y Lee J. Cobb. Jack Palace es agente de una compañía aseguradora que contrata los servicios de la organización Skorski, propiedad de Lee J. Cobb. Abajo, Gary Lockwood, intérprete de Tony, un joven que prepara un atraco.

—El mejor es Pietro Germi, que pone cabeza, corazón y problemas. Fellini pone más cabeza que todos, pero le falta humanidad.

Y entre tanto, Isasi está poniendo autoridad y oficio entre esta baránda que se ha formado después de la somnolienta pausa de las primeras horas de la tarde. En el chocante ambiente donde alternan los historiados espejos de marco dorado, con las máquinas tragaperras, las mesas de dados y baccarrá y las lámparas multicolores, se mueven los extras con collares hawaianos y la escarapela prendida al pecho, los croupiers de mandil verde, las señoritas vestidas de

cowboy, las viejas de sombrero floral y hasta algún moreno o aceitunado representante de las élites intermedias del tercer mundo, que visita también esta abigarrada ONU de la diversión, este arca de Noé del juego y el jolgorio al «american way of life».

El responsable de todo este tinglado de «Las Vegas 500 millones», es Antonio Isasi, el director de «Estambul 65», película de acción, de la que se dijo, como elogio, que no parecía española. Son ahora cien días de rodaje, varios centenares de extras, dos millones de dólares en gastos, y muchos actores: Lee J. Cobb,

ELKE SOMMER

Jack Palace, Roger Hanin, Rubén Rojo, Daniel Martín, etc.... Es una coproducción. Otra más. Esta vez hispano-franco-germano-italiana, una especie de mercado común, pero menos. No han tenido muy buena fama las coproducciones.

—La coproducción ha interesado mucho a los productores pequeños de fuera, que han sido los que en realidad hicieron que un gran número de coproducciones fueran mal enfocadas y sin gran ambición artística.

—¿La tiene ésta?

—Este es el cine que me gusta después de una reacción. Yo empecé haciendo otro tipo de cine que tenía éxito profesional, pero no de público. A mí me gusta todo el cine, con tal de que sea bueno. Por eso soy admirador de Hitchcock y, al mismo tiempo, de Fellini y Polanski, por ejemplo.

Es totalmente español el equipo técnico, aunque los actores han venido cada uno de su sitio.

—Las películas de este tipo exigen figuras reconocidas internacionalmente, aunque haya actores españoles adecuados. Aparte de que Elke es la actriz ideal para este papel.

Es una disciplinada profesional esta Elke Sommer. Isasi le dice: «Da dos pasos y ahora vuelve la cabeza, miras y no encuentras lo que buscas. Ahora lo ves y sonríes». Y Elke da dos pasos y vuelve la cabeza, y mira y no encuentra lo que busca. Y luego lo ve y sonríe. Y lo vuelve a repetir. Y lo hace al revés, si le dicen que lo haga al revés. Y esto es lo que se llama crear un personaje. Y con estas cosas —acaso el final se rueda antes que el principio— el espectador verá después una acción continuada y puede que hasta lógica. Hecha de retazos, produciendo un mito en esta fábrica de sueños, donde confluyen jóvenes extras, que leen a Lajos Zilahy o fotorromances, cargados con un equipaje de ilusiones, y otros que ya van mirando la espalda a la vida de la que no esperan nada. En una mesa de juego hay un viejo libro de Antonio Casero: «De Madrid al cielo», dedicado por el autor, en 1918, «a la sagrada memoria de mi madre». Cuando va llegando la noche y los estudios se quedan casi vacíos, el salón tiene aires de fiesta pasada, con las mesas llenas de bebidas a medio consumir, fichas de juego caídas junto a collares hawaianos y una jovencita que mira sus cansados pies, al lado de su madre. Porque aquí, como en la «kermesse» de Las Vistillas, todavía hay mamás que acompañan siempre a sus hijas: «Hoy, el mundo está lleno de peligros para la inocencia...».

VICTOR MARQUEZ

(Fotos: SIMON LÓPEZ y GIGI CORBETTA.)